

La rabia de Armando Uribe

Patricio Fernández Ch.

Hace más o menos una semana entrevistaron al poeta Armando Uribe en el programa "Plaza Italia", del Canal 2. Se sentó calmo y bien vestido, con esa cara de tronco añoso y para nada sonriente - "cara de hueso", me dijo alguien, en vez de "cara de palo"-, en el mismo sofá para tres en que se han apotengado ya casi todos los monos de la farándula. Y comenzó a decir las cosas por su nombre: que los muertos, que los desaparecidos, que los innumerables torturados y los que padecieron el exilio, y que los delinquentes seguían sueltos, muchos de ellos en puestos de lo más respetables, algunos incluso honorables, como por ejemplo... Y se le puso blanca la boca de tanto repetirlo; a ratos parecía que podía desencajarse la mandíbula de pura rabia al autor de "Odio lo que odio, rabio como rabio".

Claro que para aquellos que padecen de no ser nada claros y que ahora tienen al toro por la cola, las suyas fueron morisquetas de loco. Es que no saben que la rabia pone las cosas en su sitio. Rabia tuvo

Cristo en el templo, porque no era allí donde los comerciantes debían estar. Y antes la tuvo Moisés, cuando los suyos adoraban a un becerro de oro en vez de adorar a Dios. Y, también para los de entonces, ambos actuaron como unos dementes.

Cuando las palabras se ablandan, y algunas como "muerte" o "dolor" dejan de significar la Muerte y el Dolor, o "la justicia" se pasea de boca en boca como un chicle desteñido, y políticos y curas y comentaristas de la televisión, todos con cara de santones hallan "bueno" lo que no sabe a nada, lo que no molesta -porque ¿cómo puede molestar lo que no dice nada?-, entonces la poesía, que adora las palabras cristalinas y puras, les vuelve a sacar filo para que brillen y corten como los diamantes.

Por eso la literatura está tan llena de rabia. Bebe de la ira hasta emborracharse. Ya en la primera línea de "La Iliada", donde nace la poesía de Occidente, Homero grita a boca de jarro: "Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles, hijo de Peleo". Y a todo lo largo del libro los dioses pelean. No fue más apacible el Dios del "Génesis", que expulsó al hombre del Paraíso, ni tenía

nada de caballero cansado el Dios del "Éxodo" o del "Levítico". Decía las cosas por su nombre, y al que no le gustaba que se fuera, así como hizo el ángel de Milton con todas sus huestes. Alceo, el poeta mélico, atacó desde su exilio a Pítaco y despotricó iracundo contra los tiranos. Más tarde lo hicieron los romanos Juvenal y Catulo, y nadie pondrá en duda la rabia que movió a Dante cuando llenó con sus enemigos el infierno.

"El libro dice No más y nada y nadie. Basta ya. La muerte gesticula. La poesía se arranca los cabellos a puñadas", escribe Armando Uribe en una nota preliminar de "Odio lo que odio, rabio como rabio". La poesía también se hastía. Los versos no aguantan tanta nada, tanta moral sin rabia, tanta tolerancia. Porque no todo es negociable y no se puede transar así no más. "Querrás morir. Querré./ ¿Morirás? Moriré./ ¿Mirarás a las gentes horribles? ¡No más!".

Da gusto, de pronto, encontrarse en la televisión, ese palacio de la risa y la payasería, con un recreo de cordura. Muchas veces la indignación funciona como antidoto contra la indignidad.